



**MUN-
DO HORMI-
GA**

CHARLIE KAUFMAN

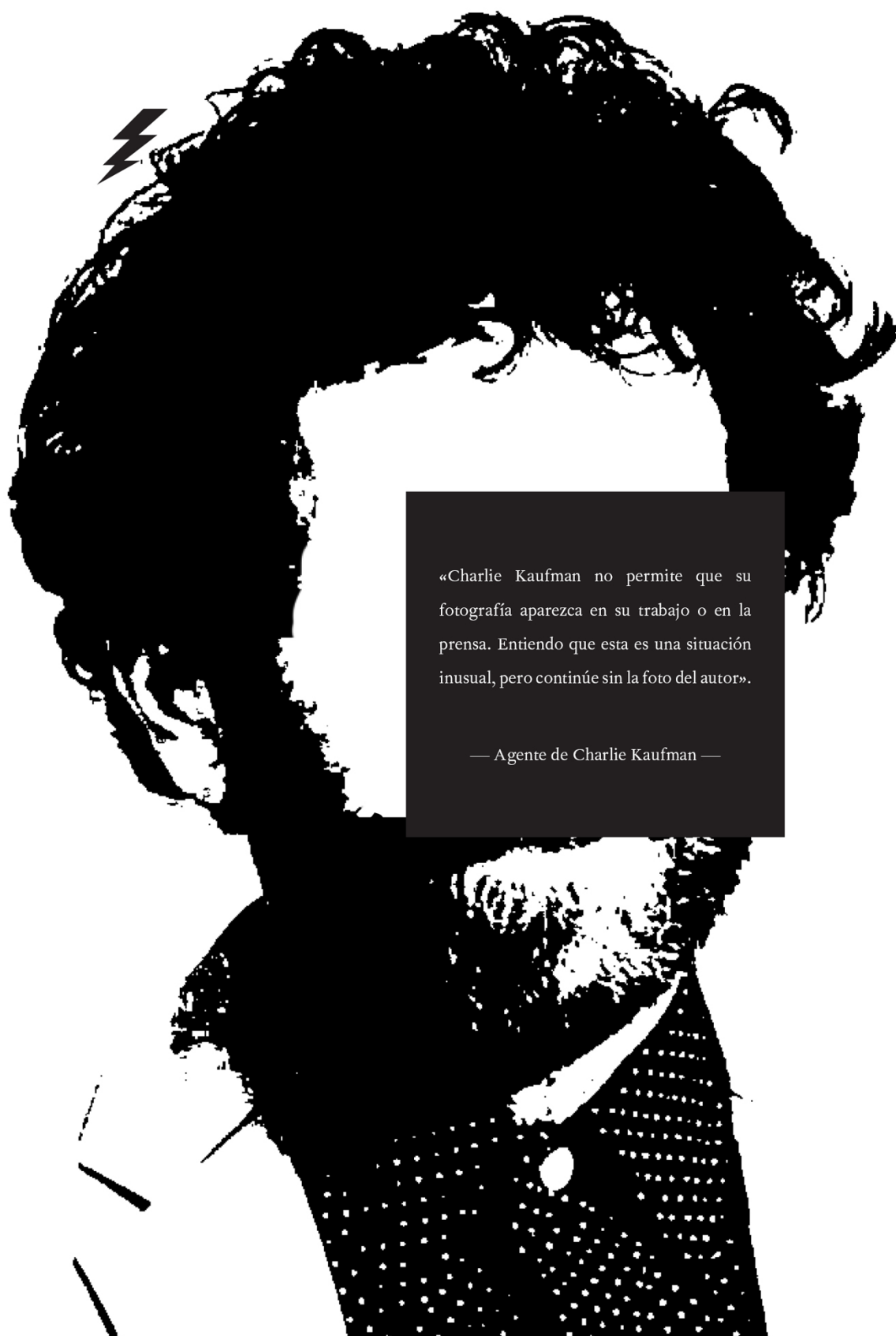




**MUN-
DO
HOR-
MIGA**

CHARLIE KAUFMAN





«Charlie Kaufman no permite que su
fotografía aparezca en su trabajo o en la
prensa. Entiendo que esta es una situación
inusual, pero continúe sin la foto del autor».

— Agente de Charlie Kaufman —



Charlie Kaufman (Nueva York, 1958) es probablemente el cineasta estadounidense más original y surrealista de los últimos años. Durante los ochenta, tras sus estudios en las universidades de Boston y Nueva York, envió sin suerte diversos guiones a personas de la industria cinematográfica, hasta que en 1991 consiguió trabajo en la segunda temporada de la mítica serie *Búscate la vida*.

En 1999 Kaufman se dio a conocer por primera vez como guionista en la gran pantalla con la película *Cómo ser John Malkovich*, dirigida por Spike Jonze, por la que fue nominado al Óscar y ganó un BAFTA por el mejor guion original. Después se estrenaron *Human Nature* (2001), dirigida por Michel Gondry; *Adaptation. El ladrón de orquídeas* (2002), dirigida de nuevo por Jonze (donde el personaje protagonista se llama Charlie Kaufman), y *Confesiones de una mente peligrosa* (2002), con George Clooney como director, aunque Kaufman reniega de ella por los cambios que el propio Clooney hizo sobre el guion. En 2004 se estrenó la película más conocida de Charlie Kaufman, *Eternal Sunshine of the Spotless Mind* (traducida horriblemente en España como *¡Olvidate de mí!*), dirigida de nuevo por Michel Gondry y protagonizada por Jim Carrey y Kate Winslet. Con esta película obtuvo el premio Óscar y el BAFTA al mejor guion original.

A partir de 2008, Charlie Kaufman comienza a dirigir sus propias películas, empezando por *Synecdoche, New York*, el filme de animación *Anomalisa* en 2015 y, su último delirio, *Estoy pensando en dejarlo*, en 2020 a través de Netflix.

Mundo hormiga es su primera novela y en ella se pueden reconocer su originalidad, sus obsesiones y su locura. Puro Kaufman.



**También
han
hecho
posible
este
libro**

Ce Santiago

Ce Santiago (Cádiz, 1977) aprovechó los turnos de noche en la garita de un aparcamiento para estudiar filosofía. Traduce con vistas al futuro, consciente de que escribir es un deporte de fondo en el que, como mucho, uno queda segundo. Ha traducido, entre otros, títulos de William Gass, Gilbert Sorrentino, Mary Robison, Nicholson Baker, Ann Quin, T. C. Boyle, Chris Offutt y Ronald Sukenick. Es también autor de la novela *El mar indemostrable*, publicada por La Navaja Suiza en 2020.



Isidro Ferrer

Decenas de libros, cientos de carteles, delicados objetos, enormes fachadas, cortos de animación, esculturas, textiles, imágenes de marca, esculturas, lámparas. Cualquier soporte, técnica, canal de comunicación, le sirve a Isidro Ferrer para expresar con imágenes su pasión por el teatro de la vida. Premio Nacional de Diseño 2002, Premio Nacional de Ilustración 2006, Miembro del AGI (Alliance Graphique International), viajero infatigable, abarca con su obra y su palabra una vasta geografía física y emocional.

Título original: *Antkind: A Novel* © Random House, 2020

Primera edición: noviembre de 2021

Traducción: Ce Santiago

Corrección y maquetación: Editorial Barrett

© del texto: Charlie Kaufman

© foto de la biografía: continúe sin este dato

© de la traducción: Ce Santiago

© de la ilustración de cubierta: Isidro Ferrer Soria | www.isidroferrer.com

© de la edición: Editorial Barrett | www.editorialbarrett.org

Comunicación y prensa: Belén García | comunicacion@editorialbarrett.org

ISBN: 978-84-18690-09-9

Publicación digital: @Booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Somos buenas personas, así que, si necesitas algo, escríbenos. No nos va a sacar de pobres prohibirte hacer unas cuantas fotocopias.



MUN- DO HOR- MIGA

CHARLIE KAUFMAN



TRADUCCIÓN DE CE SANTIAGO



BARRETT



*Es muy estadounidense, el fuego. Muy como nosotros.
Su desolación. Y su triunfo final, breve.*

LARRY LEVIS, «Mi historia en un fuego de estilo tardío»

*Te entra humo en los ojos
Te entra humo en los ojos
Te entra humo en los ojos
Te entra humo en los ojos*

«Te entra humo en los ojos»

Aterriza con un *zump*, desde ninguna parte, intempestiva, impropia, arrojada desde el futuro o quizás desde el pasado, pero aterriza aquí, en este lugar, en este momento, que podría ser un momento cualquiera, lo que significa, supones, que no es momento.

Parece ser una película.

HERBERT Y DUNHAM VAN EN BICICLETA (1896)

Herbert y yo vamos en nuestras bicicletas por Anastasia Island. Ahora tienen el puente ese nuevo. Es 30 de noviembre de 1896, y es casi de noche, pero no del todo. No sé bien qué tiempo hacía porque no conservan registros tan antiguos, pero al ser Florida seguramente hacía calor, para variar. Total, que vamos chillando y aullando y de todo, esas cosas que hacen los niños, porque eso es lo que éramos, y teníamos energía para dar y regalar. Estoy a punto de contarle a Herbert una patraña sobre fantasmas porque sé que enseguida se acojona y siempre es divertido intentar hincharle las narices. Herbert y yo nos conocimos porque las Hermanas nos acogieron a los dos cuando éramos pequeñitos porque éramos bebés huérfanos y nos encontraron en mitad del cementerio de Tolomato, en serio, lo que, si lo piensas, acojona bastante ya de por sí. O sea, que las Hermanas nos acogieron y así nos conocimos, y luego nos adoptó a los dos la viuda Perkins, que como está vieja y sola quería rodearse de niños para sentirse joven otra vez y menos sola, según dice. Pero esto no tiene nada que ver con que vamos en bici hacia Crescent Beach porque allí los roncadores se pescan fenomenal. Todavía no es de noche y cogemos nuestras cañas y soltamos las bicicletas y nos encaminamos al agua.

—¿Eso qué es? —dice Herbert.

Así de entrada no lo sé, pero como he estado jugando a acojonarlo, pues digo:

—Igual es un fantasma, Herbert.

Total, cuando Herbert oye eso quiere volver al pueblo cagando leches, así que le digo que estoy de coña y que en realidad los fantasmas no existen, y como por lo visto eso lo convence pues como que puede merecer la pena acercarse a investigar.

Con un poco de inquietud Herbert accede a seguir hasta el bulto, porque es lo que parece ser, un bulto.

¡Anda que no es grande! No soy un experto en mediciones, pero calculo que debe de tener como seis metros de largo por tres de ancho. Tiene cuatro patas. Es blanco y gomoso y duro al tacto como las suelas de las zapatillas de correr Colchester que la viuda Perkins me regaló en mi anterior cumpleaños cuando hice diez. Herbert ni lo toca, pero yo no le quito las manos de encima.

—¿Qué te parece que es? —dice Herbert.

—No sé, Herbert —digo—. ¿Qué ha arrojado ante nosotros el poderoso mar? ¿Quién sabe qué acecha en las opacidades oscuras como la tinta negra del mar? Es algo tipo, cómo se dice, una metáfora de la mente humana en todo su desconocimiento.

Herbert asiente, aburrido. Ya lo ha oído antes. Aunque somos íntimos como hermanos de verdad, somos muy distintos. A Herbert no le interesan los asuntos de la mente ni del espíritu. Se podría decir que es más pragmático, la verdad sea dicha. Pero tolera mis especulaciones, y lo quiero porque me las consiente. Así que continúo:

—La Biblia que nos enseñaron las Hermanas está abarrotada de simbolismo de peces, y, por lo que he oído, hay peces en casi todas las tradiciones mitológicas, sean orientales o no. De hecho, según me han contado, hay un joven suizo llamado Carl Young que cree que el pez es un símbolo de lo inconsciente... ¿Es inconsciente o inconsciente? Nunca me acuerdo.

Herbert se encoge de hombros.

—Da igual —continúo—, me viene a la mente el Jonás ese de la Biblia. Se lo traga un pez gigante porque rehúye lo que Dios quiere de él. Un rato después, Dios hace que el pez lo vomite en la orilla. Ahora tenemos aquí al pez este vomitado en nuestra orilla. ¿Es lo opuesto a Jonás? ¿Ha hecho Dios que un tipo gigante se tragara este pez y que lo vomitara aquí? Ya sé que se supone que la Biblia no hay que leerla literal, sino más bien, cómo se dice, de manera alegórica o lo que sea.

Pero aquí estamos con una cosa misteriosa tipo pez. ¡Y tiene cuatro patas! Como un pez perro. O medio pulpo. O dos tercios de hormiga. ¡Es un misterio!

Miro a Herbert. Está ausente, pinchando al monstruo con un palo.

—Venga —digo—. Vamos a atarlo a las bicicletas con trozos de algas y lo remolcamos hasta el pueblo.

Como a Herbert las misiones le gustan como al que más, los ojos se le iluminan y nos ponemos manos a la obra. En cuanto lo tenemos bien asegurado, subimos a las bicis e intentamos pedalear. Las algas se rompen enseguida, así que Herbert y yo salimos disparados de nuestras bicis y caemos en una zanja, eso me dice que el monstruo pesa más de lo que nos habíamos figurado en un principio. No soy un experto en pesos y medidas, ya os lo he dicho.

A Herbert se le ocurre que vayamos al pueblo a buscar al doctor Webb. Es el hombre con más estudios de todo St. Augustine y un experto en los mecanismos de la naturaleza. También es médico en la escuela de sordomudos y ahí es donde lo encontramos, mientras les toma la temperatura a dos niños invidentes.

—¿Qué tal, chicos? —pregunta, a nosotros, no a los niños ciegos, para lo que supongo que ya conoce la respuesta.

—Hemos pensado que querría saber que acabamos de encontrar un monstruo marino en Crescent Beach —digo, todo engréido y eso.

—¿Es eso cierto, Herbert? —pregunta a Herbert el doctor Webb.

Herbert asiente, luego añade:

—Creemos que es de la Biblia judía y eso.

No es del todo cierto, pero me sorprende que Herbert se haya enterado de tanto.

—Bueno, no podré investigarlo hasta mañana. Hay una sala llena de niños invidentes cuyas constantes vitales han de ser medidas y anotadas. Por no mencionar a los niños sordos al otro lado del campus.

Y mientras el doctor Webb corre a ocuparse de sus deberes, algo me impacta y lo hace tan puñeteramente fuerte que casi me tira al suelo.

—Herbert —digo—. ¿Y si el montón ese éramos nosotros?

—¿Cómo? —pregunta Herbert.

—Como que, digamos que hay muchos de nosotros...

—¿De ti y de mí?

—Sí. De ti y de mí, pero como bebés nuestros del futuro, que se han quedado atascados mientras retrocedían en el tiempo hasta hoy, y se han amalgamado en una sola monstruosidad de carne impía. O sea que igual en la playa no hay ningún monstruo marino, solo nosotros...

—¿Tú y yo?

—Es solo una idea. Pero da a uno que pensar.

Capítulo 1

Mi barba es una maravilla. Es la barba de Whitman, de Rasputín, de Darwin, y aun así es mía en exclusiva. Una creación entrecana, estropajosa, tipo algodón de azúcar, demasiado larga, rala y rebelde como para estar de moda. Y es eso, la imposibilidad de que esté de moda, su alegato más poderoso. Dice, qué más me da (¡*Da-rwin!*) la moda. Qué más me da el atractivo. La barba es demasiado grande para una cara tan fina. La barba es demasiado espesa. La barba es demasiado acampanada para un calvo como yo. Echa para atrás. Así que, si te acercas a mí, lo haces según mis condiciones. Como llevo tres décadas así de barbudo, me gusta pensar que mi barba ha contribuido al resurgimiento de la barbedad, pero, la verdad, hoy día las barbas son animales distintos, la mayoría de ellas son tan fastidiosas que requieren más cuidados que los de un simple afeitado al ras. O, si son tupidas, lo son en caras de una guapura convencional, caras de leñadores de pega, caras de cerveceros de andar por casa. A las damas les gusta el *look* de estos figurines urbanos, hombres travestidos de varones. La mía no es así. La mía es de una heterosexualidad desafiante, descuidada, rabínica, intelectual, revolucionaria. Os deja claro que la moda no me interesa, que soy excéntrico, que soy serio. Me concede la oportunidad de juzgar el modo en que me juzgáis. ¿Me evitáis? Sois superficiales. ¿Os reís de mí? Sois unos filisteos. ¿Os repele? Sois... convencionales.

Que oculte un nevo flamígero que me llega del labio superior hasta el esternón es algo terciario, secundario como mucho. Esta barba es mi tarjeta de presentación. Es lo que me hace memorable en un mar de homogeneidad. Está dicho rasgo en sintonía con mis gafas buhiles de montura de alambre, mi nariz halconada, mis ojos

hundidos de mirlo y mi coronilla de águila calva lo que me hace caricaturizable, como pájaro y también como humano. Algunos ejemplos enmarcados de varias publicaciones pequeñas, pero prestigiosas, de crítica cinematográfica (me niego a ser fotografiado por motivos filosóficos, éticos, personales y de agenda) adornan las paredes del despacho que tengo en casa. Mi favorita es lo que comúnmente se conoce como el efecto de inversión. Si me cuelgan boca abajo, parezco un Don King* caucásico. Como entusiasta inveterado del boxeo y erudito, este retruécano visual me divierte y, de hecho, utilicé la versión invertida de dicha ilustración como foto de autor en mi libro *La religión perdida de la masculinidad: Joyce Carol Oates, George Plimpton, Norman Mailer, A. J. Liebling y la en ocasiones combativa historia de la literatura boxística, la ciencia dulce,^ y por qué*. Lo asombroso es que el truco de Don King también funciona en la realidad. Muchas son las veces, al realizar la *sirsasana* en clase de yoga, en que las hembras forman un corrillo y cacarean que soy clavado al «tío ese horrible del boxeo». Imagino que es la manera que tienen de flirtear, esas criaturas frívolas de mediana edad que se pasean, con la esterilla de yoga enrollada bajo el brazo o colgada al hombro proclamando su disciplina espiritual a un mundo indiferente, de la clase de yoga al almuerzo y del súper a un lecho conyugal vacío de amor. Pero yo voy solo por hacer ejercicio. Ni llevo ropa especial ni escucho el batiburrillo de religión oriental con que el instructor nos sermonea al principio. Ni siquiera llevo calzonas y camiseta. Pantalones grises de vestir y camisa blanca abotonada es lo mío. Cinturón. Zapatos Oxford en los pies. La cartera bien remetida en el bolsillo de atrás. Creo que eso habla a las claras. No pertenezco al rebaño. No me van las moditas. Es el mismo atuendo que llevo si en alguna rara ocasión me veo montando en bicicleta por el parque para relajarme. Nada de ropa de licra con logos por todas partes. No necesito que nadie piense que me tomo el ciclismo en serio. No necesito que nadie piense nada de mí. Voy en mi bici. Y punto. Si queréis pensar algo al respecto, adelante, pero a mí me da lo mismo. Lo que sí admito es que si me subo a una bici o voy a yoga es por culpa de mi novia. Es una actriz conocida de la tele, famosa por su papel de mamá sanota, pero sexy, en una *sitcom* de los noventa y en muchos telefilmes. Se podría decir que yo, como escritor mayor e intelectual, no estoy «en su liga», pero sería un error. Sin duda, cuando nos conocimos en la firma de la prestigiosa y poco distribuida biografía crítica de...

Algo (¿un ciervo?) pasa a toda mecha por delante de mi coche. ¡Un momento! ¿Aquí hay ciervos? Creo que he leído que aquí hay ciervos. Tengo que consultarlo. ¿De esos con colmillos? ¿Hay ciervos con colmillos? Creo que sí existen —ciervos con colmillos—, pero no sé si me lo he imaginado y, de no ser así, no sé por qué los asocio con Florida. Tengo que consultarlo en cuanto llegue. Sea lo que fuere, ya estará lejos.

Conduzco a través de la oscuridad hacia St. Augustine. Mi mente ha divagado hasta el monólogo de la barba como suele hacer durante los viajes largos en coche. En todo tipo de viajes. Lo he pronunciado en firmas de libros, en una conferencia sobre Jean-Luc Godard en el Salón Comedor Adjunto del Colegio Mayor del centro cultural 92Y. Por lo visto la gente lo disfruta. A mí me da igual, pero es lo que parece. Yo comparto la menudencia porque es verdad. La verdad es mi maestra en todo, si puede decirse que tenga maestra, que no es el caso. Treinta y dos grados, según el indicador de temperatura exterior de mi coche. Ochenta y nueve por ciento de humedad, según la pátina de sudoración de mi frente (en Harvard, se me conocía afectuosamente como el higrómetro humano). Una tormenta de mosquitos en los faros, azotando el cristal, embadurnados por los limpiaparabrisas. Mi suposición semiprofesional es que se trata de un enjambre del acertadamente denominado mosquito del amor —*Plecia nearctica*—, el mosquito de la luna de miel, el mosquito bicéfalo, así llamado porque vuelan juntos incluso tras finalizar el apareamiento. Es esa clase de arrumaco poscoital con mi novia afroamericana lo que me resulta tan placentero. Su nombre os sonaría. Si los dos pudiésemos volar por el cielo nocturno de Florida de tal guisa, accedería al instante, aun a riesgo de espachurrarnos contra un parabrisas gigante. Por un instante me veo perdido en ese escenario sensual y fatídico. Un *plas* sonoro me despierta de este viaje por las carreteras secundarias de la ensoñación, y veo que un insecto especialmente grande y estrafalario se ha estampado contra el cristal y espachurrado en el centro de lo que, calculo, es el cuadrante noroeste del parabrisas.

La autopista está vacía, la nada a cada lado la interrumpe un esporádico tugurio fluorescente de comida rápida, abierto, pero sin clientes. Sin coches en los aparcamientos. Los nombres no me resultan familiares: Slammy's. The Jack Knife. Mick Burger. Hay algo siniestro en esos locales aislados en mitad de la nada. ¿A quiénes dan de comer? ¿Cómo se abastecen? ¿Vienen camiones con hamburguesas

congeladas desde el almacén de Slammy's de no sé dónde? Cuesta imaginarlo. Puede que me haya equivocado al hacer el viaje en coche desde Nueva York. Pensé que podría meditar, que así tendría tiempo para pensar en el libro, en Marla, en Daisy, en Grace, en lo lejos que al parecer me encuentro de cuanto había imaginado para mí. ¿Cómo ha sucedido? ¿Puedo saber siquiera cómo era yo antes de que el mundo me pusiera las manos encima y me volviera contra mí mismo en este... *lo que sea?*

En fin, es una historia antigua, por citar a todo zoquete y a su hermano. No hay forma de saberlo. Como especular al azar después de una excavación arqueológica somera. ¿De dónde proviene esta rabia? ¿Por qué estoy llorando? ¿Por qué amo a aquella mujer del Whole Food? Lo ha comprado Amazon y aun así la amo, pese a saber que Amazon es todo lo que va mal en este mundo. Bueno, todo no. Bezos sigue con un ojo puesto en *todo*. ¿Qué intento demostrar? ¿Qué cojones intento demostrar? Y avanzo cada vez más hacia el futuro, cada vez más lejos de cuando esta vasija de arcilla agrietada estaba nueva, de cuando su utilidad estaba clara, de cuando fue diseñada para contener algo específico y olvidado hace mucho. ¿Qué daño debía contener? ¿Qué vergüenza? ¿Qué pérdida? ¿Qué —me atrevo a especular— alegría? ¿Qué necesidad insatisfecha y siempre pospuesta? Heme aquí en el ocaso de la cincuentena con la cabeza calva y una barba gris y descuidada, conduciendo por la noche para investigar con vistas a un libro sobre género y cine, un libro que ni me va a salir a cuenta ni va a leer nadie. ¿Es esto lo que quiero hacer? ¿Soy quien quiero ser? ¿De verdad quiero esta cara ridícula que, según los guasones, me merezco? No. Y, sin embargo, ahí está. Lo que quiero es ser íntegro. No quiero odiarme. Quiero ser guapo. Quiero el amor de mis padres hace un millón de años en formas que seguramente nunca me dieron. O quizás sí. Creo que sí, pero soy incapaz de hallar otra explicación para esta necesidad constante, este agujero incolmable, esta convicción de que soy repulsivo, patético, asqueroso. Busco en cada rostro algún indicio de lo contrario. Lo suplico. Quiero que me miren como yo miro a esas mujeres, esas que pasan sin verme. Altaneras y autónomas. Quizás por eso llevo barba. Es una protesta excesiva. Dice: no necesito que me améis, ni atraeros, y he aquí cómo voy a demostrarlo. Voy a llevar la pinta de un intelectual ridículo. La pinta de ir sucio, como si apestara, quizás. Cuando era más joven, abrigaba la esperanza de que me transformaría en alguien atractivo. La

mentira esa del patito feo con la que ceban a los niños tristes y poco agradecidos igual que ceban con maíz a los gansos para hacer paté. Fui al gimnasio. Corrí. Me compré ropa moderna. Los cinturones anchos estaban de moda. Me compré los más anchos que pude encontrar. Tuve que ir hasta Lindenhurst para agenciármelos. Fui a que me ensancharan las trabillas a un sastre de Weehawken que hizo un trabajo parecido para David Soul.* Pero el pelo desapareció y la cara envejeció y como carecía de sentido negarlo, tiré por el lado opuesto. Quizás podía aparentar sabiduría. Que mis ojos legañosos tras cristales gruesos pudieran parecer reflexivos e incluso amables. No podía confiar en nada mejor. Y, en efecto, eso me visibilizó. Desde luego, hubo risitas a mis espaldas, pero mi perseverancia ilustraba mi desafío al modelo estándar, mi independencia.

Y hubo algunos resultados modestos. Mi novia actual, la que acabó con mi matrimonio, es actriz, preciosa, protagonizó una *sitcom* en los noventa, seguro que sabéis quién es. Creo que la atrajo mi aspecto rebelde, intelectual. Y mi último libro. Es afroamericana; y no es que eso importe, pero, desde luego, nunca pensé que fuese a suceder. Nunca imaginé que una mujer afroamericana se interesaría por mí. No tengo los modos, ni el porte, ni la forma de un sirviente de lo supermasculino, y ella es muy guapa, y quince años más joven. Leyó mi libro sobre William Greaves y su película *Simbiopsicotaxiplasma*. Me envió una carta de admiración. Seguro que sabéis quién es. Es guapísima. No os voy a decir su nombre. Nos conocimos y enseguida las dificultades de mi matrimonio se me hicieron insoportables. Esta mujer afroamericana era lo que yo siempre había deseado y jamás creí posible. También ha salido en varias películas. Películas que he examinado en mis escritos. Películas en las cuales la menciono de manera favorable. Por supuesto, es muy leída. Es divertida, y nuestras conversaciones son como relámpagos: ingeniosas, intensas, desnudas en lo emocional. Solemos pasarnos la noche hablando, propulsados por el café, los cigarrillos (que dejé hace años, pero, inexplicablemente, cuando estoy con ella me veo otra vez fumando) y el sexo. No me creía capaz de volver a tener erecciones así. La primera noche no se me levantó porque imaginé que me iba a comparar con la anatomía del hombre afroamericano estereotípico y me entró la timidez y la vergüenza. Pero lo hablamos. Me explicó que había estado con negros mal y bien dotados, que en mi asunción había cierto racismo inherente y que debía informarme sin falta. Añadió que el tamaño no

importa en absoluto. Que lo importante es cómo un hombre usa el pene, la boca, las manos. Y me explicó que el amor que ponga en ello es el afrodisíaco definitivo. Acabó diciendo que debía revisar mi privilegio, al parecer no se refería a la cuestión que nos ocupaba, pero desde luego tenía toda la razón. Es una afroamericana listísima y de una sensualidad desbordante. Todo lo que hace en el mundo, saborear, bañarse, mirar, el sexo, lo hace con una inmediatez que jamás había presenciado en ningún otro ser humano. Tengo mucho que aprender de ella.

A lo largo de las décadas, he erigido muros que han de derribarse. Me lo dijo ella, y es lo que intento. Practicamos yoga juntos y siempre me aseguro de colocarme detrás de ella para poder verle ese increíble culo afroamericano que tiene. Cuesta creer que se lo pueda tocar. Y nos ha apuntado a una especie de retiro tántrico de fin de semana para el próximo julio y ando de los nervios. La maestría eyaculatoria es importante, pero tengo dudas de que vaya a sentirme cómodo relacionándome tántricamente con desconocidos. Mi novia ya ha participado en un taller de estos y dice que te cambia la vida, pero a mí me incomoda desnudarme delante de desconocidos. No solo por la cuestión del tamaño de mi pene, algo en lo que estoy trabajando (o sea, trabajando en mi preocupación), sino también por el tema de mi vello corporal. Hoy día no se considera atractivo que los hombres (ni las mujeres, no vayamos a caer en el doble rasero sexista, en esa pesadilla social de esas mujeres adultas que fingen ser preadolescentes) tengan vello, no digamos ya demasiado vello. Me niego a participar de la cultura de la cera o la depilación. Lo veo vano y afeminado, y, en consecuencia, me veo cohibido. Mi novia dice que el taller va a hacer milagros con nuestra vida sexual y que es algo positivo, pero yo no me quito de la cabeza que eso significa que está insatisfecha. Ella dice que no, que se trata de una comunión espiritual y de librarse del miedo, y me parece bien. Es solo que para mí esta relación lo significa todo por su novedad y, lo admito, por su naturaleza exótica. Tengo un montón de cosas en las que pensar y los mosquitos no dejan de dar contra el parabrisas del coche. Los limpiaparabrisas ya no dan abasto. No hacen sino untar los mosquitos. Busco una gasolinera o un Slammmy's para hacerme con agua y una servilleta. Pero no hay nada. Solo oscuridad.

Cuénteme cómo empieza.

En un coche. Voy conduciendo. Soy yo, pero no soy yo. ¿Sabe a lo que me refiero? Noche. Oscura. Negra, en realidad. Una autopista negra y vacía

flanqueada por árboles negros. Constelaciones de polillas e insectos acorazados en mis faros se estrellan contra el parabrisas, se destripan. Toqueteo el dial de la radio. Estoy nervioso, inquieto. ¿Demasiado café? Primero Starbucks, Dunkin' Donuts después. En Dunkin' Donuts el café es mejor, desde luego. En Starbucks hacen café de listillos para tontos. Es el Christopher Nolan de los cafés. El de Dunkin' Donuts es el pedestre, el auténtico. Es el placer simple y real de una película de Judd Apatow. Sin alardeos. Certero. Humano. No compitas conmigo, Christopher Nolan. Llevas las de perder. Sé quién eres, y sé que aquí el listo soy yo. En el dial no hay nada que dure mucho. Ahora pop cubano con estática. Mis dedos tamborilean en el volante. Sin control. Todo se mueve, todo está vivo. Tengo palpitaciones, me corre la sangre. Perlas de sudor me resbalan por la frente. Ahora un predicador: «Podréis oír, pero sin entender, y podréis ver, pero sin percibir». Ahora nada. Ahora el predicador. Ahora nada. Los mosquitos continúan estampándose en una nada con estática. Ahora el predic... apago al predicador. Zumban los neumáticos. Está muy oscuro. Empieza a lloviznar. ¿Cómo lo hace? ¿Cómo logra que llueva? Un milagro de la artesanía. Otra ilusión. La belleza del mundo creada a fuerza de practicar, durante décadas, a fuerza de prueba y error. Más adelante, un fogonazo de luz fluorescente. Un tugurio de comida rápida. Slammy's. Slammy's en mitad de la nada. En mitad de ninguna parte. En mitad de la llovizna y los limpiaparabrisas y los mosquitos y la oscuridad. Slammy's. El aparcamiento está vacío; el restaurante está vacío. Abierto, pero vacío. En el mundo real nunca he oído hablar de Slammy's. Los locales de comida rápida que no conoces tienen algo perturbador. Es como la comida enlatada sin marca en el lineal del supermercado. Cada vez que veo Auténtico Atún de Neelon me acojono. No me acostumbro. No me atrevo a comprar el Auténtico Atún de Neelon, aunque asegure que es de almadraba y respetuoso con los delfines, que está envasado con agua de manantial y su textura es nueva y mejorada. He visto varios locales de comida rápida misteriosos en esta carretera: The Jack Knife. Morkus Flats. Ipp's. Todos vacíos. Todos centellean. ¿Quién come ahí? Quizás esos restaurantes resultan menos lúgubres a la luz del día.

En cualquier caso, reduzco y entro en el aparcamiento. Los mosquitos del parabrisas me quitan la visibilidad casi por completo. Veo, pero no percibo nada: salvo mosquitos. Oigo, pero no entiendo, a los mosquitos. Necesito servilletas y agua. Una adolescente afroamericana con uniforme de colores carnavalescos asoma

la cabeza desde la cocina con un gesto suspicaz ante el sonido de mis neumáticos en la grava. Aparco y me dirijo hacia ella. Me observa con los párpados caídos.

—Bienvenido a Slammy's —dice, está claro que no habla en serio—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola. Solo necesito usar el servicio —digo mientras me excuso hacia el excusado.

Me río con mi juego de palabras mental. Me lo guardo para usarlo en otra parte, quizás en mi próxima conferencia para la Asociación Internacional de Amigos de Proyector de Películas Antiguas (AIAPPA). Ese grupito es la monda.

El baño es una pesadilla. Uno se pregunta qué hace la gente en los servicios para que las heces acaben esparcidas por las paredes. Y no es un hecho aislado. ¿Pero, cómo? El pestazo es insoportable, y no hay papel, solo uno de esos secadores de manos que detesto porque no hay manera de girar el pomo sin tocar el pomo, que nunca quiero tocar.

Lo giro con el pulgar y el meñique de la mano izquierda.

—El pulgar y el meñique izquierdos —digo para grabar en mi cerebro con qué dedos no debo frotarme los ojos ni la boca ni la nariz hasta que encuentre agua y jabón como está mandado.

—Confiaba en que habría agua y papel. Para el limpiaparabrisas —digo a la adolescente afroamericana.

—Tiene que consumir algo.

—Vale. ¿Qué me recomiendas?

—Le recomiendo que consuma algo, señor.

—Vale. Una Coca-Cola.

—De qué tamaño.

—Grande.

—Pequeña, mediana o maxi.

—¿Coca-Cola maxi? ¿Eso existe?

—Sí. Coca-Cola maxi.

—Pues una Coca-Cola maxi.

—No tenemos Coca-Cola.

—Vale. Qué tenéis.

—Refresco Original Slammy's de Cola. Refresco Original Slammy's de...

—Vale. De cola.

—De qué tamaño.

—Grande.

—¿Maxi?

—Sí, maxi. Perdona.

—¿Qué más?

Quiero caerle bien. Quiero que sepa que no soy un capullo judío privilegiado y racista del norte. Para empezar, mi novia es afroamericana. Quiero que lo sepa. No sé cómo plantearlo en el contexto de esta conversación, ya que acabamos de conocernos. Pero noto su odio y quiero que sepa que no soy el enemigo. También quiero que sepa que no soy judío. Existe una tensión histórica entre la comunidad afroamericana y la judía. Tener pinta de judío es mi maldición. Por eso pago con tarjeta siempre que puedo. La cola Slammy's la voy a pagar con tarjeta. Igual entonces mi cartera se puede abrir de manera accidental con la foto de mi novia afroamericana. Para que vea que me apellido Rosenberg. Que no es un apellido judío. Bueno, no *solo* judío. ¿Sabrá que no es solo judío? Hago mal en dar por hecho que es una persona sin formación. Es racista. He de revisar mis privilegios de entrada, como a mi novia afroamericana le gusta decir. Sin embargo, me he encontrado con muchas personas de extractos raciales y étnicos variados que no sabían que Rosenberg no es un apellido judío, bueno, no solo. Daba por hecho que lo sabían. Pero conforme avanzaba la conversación, sacaban el tema del Holocausto o del *dreidel* o del pescado *gefilte*, para intentar agradar, conectar. Y yo aprovechaba la ocasión para decirles que, de hecho, Rosenberg es alemán...

—¿Qué más? —repite.

—¿Tengo que comprar algo más para que me des unas servilletas?

—Cinco dólares es el mínimo —dice, y señala un cartel imaginario.

Quiero decirle que se dice *mínimo*, pero me muerdo la lengua. Ya habrá tiempo para eso cuando nos hayamos hecho amigos. Levanto la vista hacia el menú.

—¿Qué tal está la hamburguesa Slammy's?

Se mira las uñas, a la espera.

—Tomaré una de esas.

—¿Algo más?

—No. Así está bien.

—Cinco con treinta y siete.

Saco la cartera, con la foto de mi novia a la vista. La reconoceríais. Hizo de madre joven y sanota, aunque sexy, en una *sitcom* de los noventa. No os voy a decir su nombre, pero es guapa y lista y divertida e inteligente y afroamericana. Ella prefiere que la llamen negra, pero no me atrevo a ir tan en contra de mi formación. Estoy trabajando en ello. La chica del mostrador no mira la cartera. Le doy la tarjeta de crédito. La coge, la examina, luego me la devuelve.

—No aceptamos tarjetas de crédito —dice.

¿Por qué la ha cogido entonces? Le doy seis dólares. Cuenta el cambio, lo cuenta otra vez, lo deja sobre el mostrador. ¿Por qué no quiere tocarme la mano?

—¿Me puedes dar también un vaso de agua y unas servilletas?

Suspira como si le hubiese pedido que me echara una mano con la mudanza este fin de semana y desaparece por el fondo, donde supongo que guardan el agua y las servilletas. Un joven afroamericano con el mismo traje carnavalesco asoma la cabeza y me mira. Sonríe y asiente. Desaparece. La chica regresa con una bolsa, dos vasos de papel pequeños con agua y tres servilletas de papel.

—¿Me puedes dar más servilletas? Tengo el parabrisas lleno de mosquitos.

Me mira con incredulidad durante un buen rato —diría que unos cinco minutos—, después se da la vuelta y desaparece por el fondo. De verdad que quiero caerle bien. ¿Qué puedo hacer para que cambie de opinión? ¿Sabe que he escrito un libro entero sobre la obra del revolucionario director de cine William Greaves, cuyo documental/relato *Simbiopsicotaxiplasma* iba tan por delante de su época que apodó a Greaves el Vincent van Gogh del cine estadounidense? Aunque ahora caigo en que hay algo inherentemente racista en validar a un artista afroamericano comparándolo con un artista europeo masculino. Muerto, además. No lo había pensado, *muerto* y encima *heterosexual*. Y una cosa más... *cis*. Aun así, ¿sabe que he escrito el libro? ¿Hay alguna forma de sacar el tema? No soy racista. Ni por asomo. Regresa con tres servilletas más. Debe ser que el dispensador las da de tres en tres.

—¿Sabes quién es William Greaves? —digo, para tantear el terreno.

El joven asoma otra vez la cabeza, amenazador, como si acabara de insinuarme a la chica.

—Da igual —digo—. Gracias por el agua y las servilletas.

Voy hacia la salida. Alguien suelta un suspiro largo y sibilante. O ella o él. Puede que al fondo haya un tercer afroamericano que se encarga de los suspiros. No me vuelvo para mirar. Estoy herido. Estoy solo. Quiero ser amado. En cuanto salgo de Sammy's, la puerta se cierra a mi espalda. La luz de dentro se apaga, y en el aparcamiento queda un rojo tenue. Miro hacia atrás. En el escaparate hay un neón de CERRADO. ¿Dónde se han metido? ¿No necesitan luz para recoger? ¿No tienen coche?

* Donald «Don» King (1931), promotor de boxeo famoso por sus característicos pelos de punta. (*Todas las notas son del traductor*)

^ Expresión acuñada por Pierce Egan, periodista especializado, en 1813 para referirse al boxeo.

* Nombre artístico de David R. Solberg (1943), cantante y actor de televisión.